

consagrados ministros; y con éstos, las familias religiosas; y con éstas, todos los justos, que bien que ocultos, en verdad, no faltan aún en nuestros días sobre la tierra. ¡Oh! abatid ¡oh María! abatid para su arrepentimiento, la audacia de los incrédulos, el odio de los prevaricados cristianos, y el poder de todos los enemigos vuestros y de vuestro Hijo, de la religión y de la fé, del sacerdocio y del altar! También son ellos hijos vuestros; hijos, que Vos concebisteis con los demás sobre la cumbre del Gólgota, en la inmensidad de vuestros tremendos martirios. Consoladnos á todos ¡oh María! y una vez devuelta á la Iglesia la paz, al Pontífice la seguridad, á los sacerdotes el contento, y á los fieles todos la alegría, estableced en nuestros corazones el reinado de la justicia y de la virtud. Unidos así, estrechamente, los espíritus, y encaminadas las inteligencias hácia un solo objetivo, será ese un nuevo triunfo estable, duradero, eterno.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA PASIONARIA,

Ó SEA:

LAS TRIBULACIONES.

Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum.

Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo.

(1.^a PETR. II, 21).

En el delicioso paseo que hemos emprendido durante este mes por el interior del florido jardín, que vamos contemplando paso á paso, persuádmeme, hermanos míos, de que no debía hallar en él más que objetos de satisfacción, de alegría y de regocijo; creía, que, cuando ménos, en este lugar, mi pecho hubiera estado exento de inquietudes; que las lágrimas no hubieran venido á humedecer mis ojos, y

que los sollozos no hubieran destrozado mi corazón. Y, sin embargo ¡ah! en este sitio mismo, á la vista de las reciosas florecillas, que hasta ahora han suministrado tanto consueño á mi ánimo; ¡ah! en este sitio mismo, ante esa misma contemplación, brota de mis ojos una lágrima, y un suspiro sale de lo más íntimo de mi corazón. Una flor ¡oh flor dolorosa! trae á mi memoria los horrores de una escena la más triste, las angustias de una Mujer la más desolada y afligida. Y ¿cuál será, pues, esa flor, mis amados hermanos? ¿cuál es la escena que ella nos recuerda? ¿cuáles son las angustias que nos representa? Es la Pasionaria, ó la flor de la Pasión: es una flor vestida de luto, cubierta de color violáceo, formando con sus sutilísimas hojas una punzante corona, figurando con sus tres pistilos tres crueles clavos, y cuyos cinco estambres, que parecen otras tantas llagas, descansando sobre una base, ó tallo, semejante á una columna, recuerdan la pasión del Redentor divino, y con ésta, los dolores y las angustias de su dolorida Madre. ¡Oh flor elocuente en tu lenguaje! ¡oh! calla, pues, que hartó comprendo tu muda palabra! Nacida para simbolizar á Aquel, que sufrió en su corazón las penas expresadas por tus dolorosos instrumentos, tú nos recuerdas, que es locura el esperar una vida exenta de tribulaciones y de quebrantos; tú nos recuerdas, que nos hallamos en un valle de lágrimas, obligados á marchar en pos de un Caudillo coronado de espinas, destinados á recorrer una vía de padecimientos y de abrojos. Siendo tú demasiado contraria á nuestra propia fragilidad, nuestra mirada quisiera apartarse de tí; mas tú la esperas allí, precisamente, donde cree no ver otra cosa que alegrías y satisfacciones, en medio de los amenos, deliciosísimos y floridos jardines.

¡Ah! sí, mis amados hermanos; preciso es convencernos, finalmente, de ello: hemos nacido para sufrir. No hay condición alguna que pueda eximirse de las angustias; no hay estado alguno que pueda librarse de las lágrimas; no hay grandeza alguna que pueda evitar los gemidos. No son, ciertamente, menores las penas que se ocultan bajo el manto del más orgulloso potentado, que las que se esconden bajo los harapos del más humilde plebeyo; en medio del fausto del más poderoso magnate, no se derraman ménos lágrimas que entre las miserias del más abyecto necesitado; sobre los hombros del más sábio entre los hombres, no descansa una cruz ménos pesada que sobre los del hombre más ignorante y rudo. Y respecto de nosotros, nos confirma tal verdad aquella Madre, que encumbrada al grado más alto de la grandeza, distinguida con toda suerte de gracias, adornada de los privilegios más insignes, poderosa, sábia, rica, Reina, Sober-

rana y Emperatriz; sin embargo, cual mística Pasionaria, fué sometida al más cruel de los tormentos, y llevó una vida de padecimientos y de dolores.

Y ¿qué otra cosa pudiéramos nosotros buscar, mis amados hermanos? ¡Ea, pues! es preciso sufrir; no hay término medio; sí, es menester sufrir; sólo los sufrimientos pueden conducirnos á la grandeza; sólo los sufrimientos nos harán eternamente dichosos. ¡Ah! deseemos, pues, hermanos míos, esos sufrimientos; formemos de ellos el objeto de nuestras aspiraciones, la delicia de nuestro corazón.

Al oír estas palabras, por Dios no frunzais el ceño, ni desvieis vuestra mirada, toda vez que yo voy ahora á excitaros á ello, no con la simple invitación del lábio, sino con el ejemplo insigne de nuestra Madre María. Sí; esa Madre santísima, esa mística Pasionaria, que, abrazando con alegría los dolores, se hizo fiel á la voluntad del Altísimo, y fué coronada Reina sobre el monte de la mirra, llegando á ser, al pié de la cruz, la admiración de la tierra y del cielo; esa Madre, digo, nos enseña, que vosotros debeis, de igual manera, abrazar la cruz, como una cosa necesaria, útil y gloriosa. Si alguna vez he solicitado vuestra atención hasta aquí ¡oh cristianos! esta noche os la pido con más encarecimiento. A. M.

El sufrir es necesario; el soportar las tribulaciones es un deber que incumbe al cristiano; la vocación al cristianismo no es otra cosa que la vocación á seguir la cruz. No es, ciertamente, un concepto de entendimiento el que ahora os expongo, hermanos míos; recuerdo el precepto de Cristo, impuesto, solemnemente, á sus discípulos. El que quiera seguirme, dice, que se niegue á sí mismo, tome su cruz y sígame: *Tollat crucem suam et sequatur me* (MARC. VIII, 34). No creais, pues, vosotros, que sois una excepción respecto del precepto general del Salvador. No; Él lo impone á todos igualmente; así al sexo débil, como al fuerte; al enfermo, como al sano; lo mismo al justo, que al pecador. No hay razón alguna, por lo tanto ¡oh cristianos! que valga para excusaros de padecer. Son vanos pretextos la delicadeza del sexo, vanos pretextos la condición señorial, y vanos pretextos, por último, las conveniencias del propio estado. Solo con que queráis seguir á Cristo, es preciso cargar con la cruz: *Tollat crucem suam et sequatur me*. Y el príncipe de los apóstoles, san Pedro, fiel intérprete de los sentimientos de su divino Maestro, nos repite, que precisamente para esto fuimos llamados á la dignidad de hijos de Dios: *In hoc enim vocati estis* (PETR. II, 21); esto es, para seguir sus ejemplos, para imitarle

en las tribulaciones y el padecer que Él soportó durante su vida entera: *quia Christus passus est vobis relinquem exemplum ut sequamini vestigia ejus* (IBID).

¡Dios de bondad! después de haber contemplado á nuestro divino Legislador, sumergido en un piélago de dolores; después de haber visto como Él, no solamente padeció, sino que se halló en la necesidad de padecer, *oportuit Christum pati* (ACTOR. XVIII, 5); ¿pudiéramos nosotros, acaso, abrigar la presunción de sacudir, por más que fuera ello en vano, el yugo de las tribulaciones, de eximirnos de las angustias, de creer que la cruz no nos es necesaria? ¡Ah! si al ménos fuéramos tales, que no hubiéramos contraído con nuestras culpas un estricto deber de justicia, de satisfacer por ellas á Dios por medio de las tribulaciones y de las penas! Mas, ahora, somos pecadores, hemos ofendido (y ¡ay! cuántas veces y de cuántas maneras!) á nuestro Padre, á nuestro Bienhechor y á nuestro Dios; y siendo así, ¿cómo tuviéramos la osadía, de querer pasar nuestra vida en medio de las satisfacciones, los esparcimientos, los goces y las alegrías? ¿qué idea tan peregrina fuera esa, oh cristianos? Si los pecados, que no eran suyos, sometieron á nuestro divino Maestro á las flagelaciones, á las espinas, y á la cruz, ¿pudieran nuestros propios pecados someternos á los regocijos, las diversiones y los esparcimientos!

¡Oh adolorida Reina de los Mártires! oh mística espiritual Pasionaria! ¡Ah! vén, pues, esta noche en auxilio de nuestra miseria! ¡Ven, y enséñanos cuál debe ser nuestra vida acá en la tierra! ¡En qué piélago de padecimientos, carísimos cristianos, no fué sumergido aquel corazón adorable! Empezad por su visita á Elisabeth, y considerad sus penas en la duración del viaje, en la aspereza de aquellos lugares, en la falta de toda comodidad. Contempladla en el portal de Belén, al ver nacer á su Dios, abandonado de todos, careciendo hasta de lo más necesario para preservarse de los rigores de una crudísima estación: penetrad, igualmente, en aquel corazón amoroso, y enumerad, uno por uno, los suspiros, las angustias, los desvelos, los dolores y los martirios. Entrad, así mismo, con ella en el Templo santo de Dios, cuando ve á Jesús, todavía niño de solos ocho días, derramar las primeras gotas de su sangre preciosísima. Seguidla en su viaje y en su permanencia á Egipto, cuando se ve obligada á huir de noche para poner á salvo de las espadas de Herodes á su nacido Dios parvulillo; cuando le es necesario arrostrar todos los graves inconvenientes que ofrece el desconocido y peligroso camino; cuando le es preciso detenerse en medio de unos pueblos bárbaros é impíos, profanadores del único y verdadero Dios suyo, faltos enteramente de

todo gérmen de religion y de virtud. Acompañadla en su regreso á Nazareth, cuando soporta el más inhumano martirio, con motivo de ser su hijo tan pequeño, que no puede proseguir el viaje por sí mismo, y tan grande, por otra parte, que no puede sostenerle en sus brazos. Fijese aún en ella vuestra mirada, en la pérdida de su Jesús, cuando en medio de los más crueles dolores, las angustias más desoladoras y los martirios más tremendos, lo busca, en vano, entre los deudos, los amigos y las personas más allegadas. Y, sin embargo, esas no son más que las primicias de sus dolores; eso no es más que el prelude de sus padecimientos; esas no son más que las hojas externas de la mística Pasionaria. Mañana tendremos que contemplar la magnitud de sus acerbos dolores, de aquellos dolores, que descargó sobre ella la mano del Omnipotente en el día de su furor, cuando la vendimió cual vid, despojada de su ornamento y de su riqueza por los rigores del crudo invierno. Mas, entretanto, decidme; ¿cómo osaríamos nosotros, pues, que hacemos profesion de ser sus devotos, alejar de nosotros aquella tribulacion, aquellos sufrimientos y aquella cruz, que debe sernos, no obstante, sumamente necesaria, bajo todos conceptos?

¿Necesaria, he dicho? ¡Ah! yo debía añadir, que ella es, igualmente, utilísima, ocasion y mensajera de bienes inmensos, y de inestimables beneficios. ¿Acaso dudarais de mis palabras? Escuchadme, pues, con atencion.

Oprimido y maltratado por el ángel de Satanás, el Apóstol de las naciones suplicaba con fervor al Señor, que se dignase librarle de sus terribles y angustiosas tentaciones; y el Señor le respondió: ¡oh Pablo, en verdad te aseguro, que te basta para ello mi gracia; toda vez que las enfermedades, el dolor y las tribulaciones son, precisamente, aquellos hornos, ó crisoles, en los cuales se prueban la piedad, la religion y la virtud: *Sufficit tibi gratia mea nam virtus in infirmitate perficitur* (Cor. xii, 9).

Tales son, mis amados hermanos, aquellas bellas expresiones, de las cuales nosotros podemos inferir, la inmensa utilidad que reporta el hombre de sus tribulaciones y de sus padecimientos. ¿Sois, por ventura, pecadores; vivís encenegados en la culpa? Y ¿qué medio hay más fácil para salir del profundo sueño de la muerte, que las tribulaciones y la cruz? Y ¿no ha de ser la cruz la que debe despertar vuestras almas; la que debe mostrarles el hondo precipicio en que ellas han caído; la que debe excitarlas á sacudir el yugo del pecado, y á una reconciliacion sincera con su Dios? Decidme, pues; ¿no fué, por ventura, la tribulacion, la que condujo otra vez al pueblo de Israel,

del sendero de perdicion, al camino de la salvacion? ¿Sois, acaso, justos? ¿Sois santos? Pues bien, la tribulacion será la que os hará más santos en vuestra misma santidad, más justos en vuestra propia justicia, segun este precepto del Señor: *Qui sanctus est sanctificetur adhuc*. (Apoc. xxii, 11.) La tribulacion será, precisamente, la que hará que vuestro anhelo por el cielo sea más ardiente; la que os hará aparecer más vil y más miserable la tierra; la que os hará desear con más vehemencia el veros libres de las ataduras del cuerpo, induciéndoos á exclamar con el Apóstol: *cupio dissolvi, et esse cum Christo*. (PHILIP. i, 23.) ¿Sois acaso tibios, negligentes en las vías del Señor? ¡Ah! en tal caso, la tribulacion es el único medio para reanimar el fervor de vuestro espíritu. En ella será cuando reconocereis la mano paternal del Señor, que no os ha abandonado todavía. Por ella podreis conocer, que el Señor os quiere, que el Señor os llama, que El se halla dispuesto á abrazaros nuevamente en su seno. Por lo tanto, tenedlo bien entendido de una vez ¡oh cristianos! las tribulaciones son la señal de que el Señor nos ama; son indicio seguro de su ardiente deseo de vernos á todos reunidos en torno suyo; en una palabra: las tribulaciones son aquellas plantas lozanas y feraces, que no pueden ménos de ser de una utilidad inmensa en el místico jardin de nuestras almas. ¿Acaso, hermanos míos, no bastan mis palabras para convenceros de ello? Convénzaos, pues, el ejemplo de María.

Ella padeció lo que la humana lengua no puede explicar; mística Pasionaria, verdadera flor de la más acerba pasion, soportó en su corazon amarguras indescribibles; mas, no las sufrió sin consuelo y refrigerio, sin recompensa y sin provecho. Ella padeció en la visita que hizo á Elisabeth; mas allí fué, precisamente, cuando gustó las dulzuras de la verdadera amistad, donde vió llena del Espíritu Santo á su dichosa cuñada, donde quedó cerciorada del gozo experimentado por el Bautista en el seno materno: allí fué donde, enteramente llena del espíritu de Dios, desató su lengua para entonar aquel cántico tan sublime, que debía formar la admiracion de los siglos. Ella sufrió, mística Pasionaria, y soportó amarguras en la gruta de Belen; mas allí, precisamente, fué donde su espíritu fué colmado de la alegría más indescriptible, pudiendo adorar al nacido Dios infante, al oír los cantos angélicos, y al ver postrados á los piés de su Dios á los pastores y á los Magos. Ella padeció, mística Pasionaria, en la circuncision del divino Niño; empero, regocijóse sobremanera al reflexionar, que aquellas primeras gotas de sangre eran las primicias de la universal redencion. Y en su demora en Egipto, durante su regreso á Nazareth, y en el andar buscando á su Hijo, cuanto más

adolorido hallábase su corazón, tanto más sintióse lleno de consuelo y de júbilo. Y contempladla aún ¡oh cristianos! en lo más recóndito de ese corazón mismo. Vedla en medio del más profundo silencio de la continuada meditación, con aquella mirada, que se ha hecho tan perspicaz, por medio de la lectura de las sagradas Escrituras. Ella entónces ya prevé las futuras penas, las amarguras, la pasión de su Amado; y esas penas, esas amarguras futuras, y esa pasión, ya, desde aquel instante mismo, las experimenta en el secreto de su corazón amorosísimo!

Miradla, cuando está contemplando la frente de su Unigénito: ¡ah! esa frente, exclama ella sin cesar, esas sienes, un día han de ser coronadas de agudísimas espinas! Y, mística Pasionaria, Ella siente ya que dicha corona está atormentando su desgarrado espíritu; mas por medio de esa corona, repite, por medio de esa corona misma, será destruido el trono del orgulloso Lucifer, y quedará humillada la infernal soberbia de los hombres; y este pensamiento la regocija, la consuela y la reanima.

Vedla, cuando abraza amorosa á su inocente Hijo: ¡ah! estas carnes, exclama, serán un día despedazadas por los azotes, atadas á una columna, pasto de enfurecidos verdugos! Y, mística Pasionaria, experimenta ya en su corazón el peso de la columna, siente los azotes y lamenta las heridas; mas por medio de esa columna misma, añade; por medio de esos mismos azotes, y por medio de esas heridas mismas, será enfrenada la rebeldía de la carne, quedará destruido el imperio de los sentidos; y esta idea mitiga sus pesares, la llena de alegría, inunda su alma de consuelo.

Vedla, cuando está contemplando á su Jesús en los trabajos de sus manos santísimas; ¡ah! esas manos, exclama, serán un día clavadas en una cruz; ese corazón será traspasado con una lanza; y esos miembros serán expuestos á toda clase de ludibrios! Y, mística Pasionaria, siente ya la dureza de los clavos, la herida de la lanza, y los horrores de la cruz; mas por medio de esa cruz, repite, por medio de esa lanza, y por medio de esos clavos, será destruido el reino de la tierra, será aniquilado el poder del mundo, y los hombres serán reconciliados con el Señor; y este pensamiento es el bálsamo para las heridas, el reposo en las inquietudes, el refrigerio en las adversidades.

Persuadámonos, pues, de ello, de una vez, mis amados hermanos: el camino del cielo es la senda de la tribulación; pero de una tribulación siempre llena de paz, de consuelo y de alegrías. Bienaventurado aquel que sabe caminar rectamente por esa senda; sí, mil veces bienaventurado ¡oh cristianos! pues su gloria será verda-

dera, sincera y duradera. Interrogad sobre ese punto al apóstol san Pablo, y él os responderá, que la única gloria la ha puesto en la cruz de Jesucristo: *Mihi absit gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesus Christi* (GALAT. VI, 14.) Por eso vereis, que dicho Apóstol, no se gloria de otra cosa que de los azotes, de los golpes y de cicatrices alcanzadas por el nombre de Jesús: *Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*, (IBID. 17.) Interrogad, igualmente, sobre la materia á todos los Apóstoles, y todos ellos os responderán; que únicamente daban expansión á su alegría, y únicamente considerábanse honrados, cuando habían sufrido persecuciones y ultrajes por el nombre de Cristo: *ibant gaudentes.... quoniam digni habiti erant pro nomine Jesu contumeliam pati*. (ACTOR. V, 41.) Interrogad, por último, á nuestros piadosos mayores, á los primitivos cristianos, y todos ellos os manifestarán, que su gloria consistía en las tribulaciones: *gloriamur in tribulationibus*. (ROM. V, 3.) Sepultados en las catacumbas, encerrados en las cárceles, perseguidos por los tiranos, martirizados en sus cuerpos, injuriados, escarnecidos y calumniados; ellos exclamaban: *Gloriamur, gloriamur*. Habían ellos bien aprendido la doctrina de su divino Maestro, el cual, llegada la hora de su dolorísima pasión, dirigiéndose hácia su Padre, había dicho: ¡Oh Padre! glorifica á tu Hijo: *Pater, venit hora, clarifica Filium tuum* (JOAN. XVII, 1.); habían ellos bien aprendido, repito, la enseñanza de Aquel, el cual en la noche misma en que tuvieron principio sus dolores, habiendo visto á Judas que venía para entregarle: ahora, exclamó, va á ser glorificado el Hijo del hombre.

Carísimos hermanos; vosotros, que os sentís ávidos de gloria; vosotros, que por ella estais prontos á renunciar á vuestra vida misma; ¡ah! abrid, pues, de una vez, vuestros ojos, y considerad, que no hay gloria más cierta, más duradera y más provechosa que la gloria de la cruz; considerad, que sólo en la cruz encontrareis vuestra felicidad y vuestra gloria eterna.

¡Oh Madre de los dolores! mostrad con vuestro ejemplo luminoso; mostrad á vuestros hijos, cuán glorioso es el padecer. Contempladla, contempladla ¡oh cristianos! ¿no veis cuán bella se desarrolla en el fértil suelo de su corazón la espiritual Verónica? Esta se embellece al reflejo de la mística Pasionaria. ¿Veis cuán majestuosa descuella allí aquella flor, que por lo amargo de sus hojas se denomina Paciencia? Esta flor es majestuosa, porque toma su alimento de la mística Pasionaria. ¿Veis con qué gracia allí el Amaranto despliega sus hojas, tiñe sus pétalos, y adorna sus flores? Pues bien, dicha flor ha brotado del tronco mismo de la mística Pasionaria.

Nace ésta, y hé aquí que en ella resplandecen la lozana Miosotis, el dorado Eliotropo y el delicioso Jazmin. Y ¿dónde se embellece, igualmente, su lindo Clavel, símbolo del amor por los hombres, sinó en su union con la mística Pasionaria al pié de la cruz? ¿En que punto brilla su sorprendente Rosa, símbolo de su amor hácia Dios, sinó en su union con la mística Pasionaria, sobre las tristes cumbres del ensangrentado Calvario? ¿En qué lugar se completa la belleza de su imperial Corona, símbolo de su sobrehumana grandeza, sinó en su union con la mística Pasionaria, sobre la cima dolorosa del Gólgota? Allí, hermanos míos, allí se manifestó toda la grandeza y la gloria de María. Si Ella alcanzó el elevado honor de ser la Coredentora del mundo, ese honor lo alcanzó, precisamente, por lo acerbo de sus penas. Si fué proclamada Madre de todos los fieles, y, en consecuencia, la protectora de la Iglesia de Jesucristo, confiósela tan elevado cargo en el momento en que eran más atroces las congojas de su espíritu. Y la denominacion de Reina de los Mártires, mereciéronse sus agudísimos dolores; y la gloria, verdaderamente sublime, de que Ella fué coronada en el Cielo, fué, en gran parte, el efecto de su padecer nunca interrumpido. Los títulos de Torre de David, de robusto Cedro del Libano y de Ciprés de Sion, no son más que unos emblemas destinados á expresar la grandeza y la gloria de sus prolongados trabajos.

¡Ah! mis hermanos cristianos; y ¿cuándo nuestros corazones se prepararán para soportar con paciencia la cruz? ¿No es ésta necesaria? Carguemos, pues, con ella. ¿No es ésta útil? ¡Ah! búsquese, pues, con anhelo. ¿No es ésta gloriosa? Así, pues, no haya más demora. Las cruces, los padecimientos y las tribulaciones, tales sean, desde hoy en adelante, nuestros fieles compañeros. No olvidemos, segun os he manifestado ya anteriormente, que la vocacion al cristianismo es la vocacion á la cruz: no olvidemos, finalmente, que quiérase, ó no se quiera, nos conviene padecer, condenados, como estamos, á vivir en un valle de lágrimas. Por lo tanto, sometamos, voluntariamente, nuestros hombros al peso de la cruz. Ello no nos ha de pesar, yo os lo prometo, yo os lo juro. Bajo el peso de la tribulacion, nuestro corazon se revestirá de virtud, crecerá el fervor de nuestro espíritu, conseguiremos la santificacion de nuestras almas. Sólo en la tribulacion hallaremos el camino del Cielo; sólo por medio de la tribulacion nos serán abiertas las puertas de la eterna bienaventuranza.

¡Ah! siendo ello así ¡oh Virgen dolorosísima! os suplicamos, que en esta vida nos lleneis y satureis de tribulaciones y de trabajos. ¿No es para nosotros necesario, útil y glorioso el sufrir? ¡Ah! no nos perdoneis, pues ¡oh Madre nuestra amantísima! no nos priveis de

tan provechoso lucro; aumentad cada dia nuestros méritos con nuestros dolores. Solo os pedimos ¡oh María! la satisfaccion de vuestros deseos. Consoladnos, pues, sí, consoladnos. Sea la cruz nuestra compañera en la vida, sea la cruz nuestra compañera, igualmente, en la muerte. De esta suerte, despues de haber soportado, por Vos, y con Vos, el sufrir en esta vida; podremos, por Vos, y con Vos gozar, por toda la eternidad, del bienaventurado galardón en el Cielo.

DIA VEINTE Y SEIS.

LA ANÉMOMA,

Ó SEA:

LA MANERA DE LLEVAR LA CRUZ.

Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.
No te olvides de los gemidos de tu madre.
(EULE. VII, 29).

Cuando un grande aguacero, un viento muy impetuoso, ó un terrible huracan, vienen á desatarse sobre los verdes prados, ó los floridos jardines, al punto los dejan abatidos, despojados de toda belleza, privados de todo ornato y atractivo. Y ya aquellas flores deliciosísimas que embellecían el suelo, llenaban los aires de fragancia, y cautivaban todas las miradas y todos los corazones, vénse abatidas sobre sus tallos, arrancadas de sus troncos, con sus hojas enteramente marchitadas; de suerte, que todo os está indicandó la desolacion y el terror. Entónces, con paso trémulo y con tristeza, vais avanzando por la devastada llanura, vais recorriendo, con el ánimo afligido, el despojado jardin; y, á pesar de todo (¡oh, sí!), de repente, serénase vuestra mirada, sentís renacer la alegría en vuestro corazon con la velocidad del relámpago; y un hondo suspiro, un grito espontáneo, arrancados á vuestras almas por la sorpresa, os anuncian la pre-